



CAPITULO IV CONSEJOS Y LEGADO DE MI PADRE: RECTITUD, HONRADEZ, DIGNIDAD Y CUMPLIMIENTO DEL DEBER

DECÍA ANTES QUE, DESDE CUMPLIDOS los diez años, inicié el trato con hombres de edad, con experiencia y pronto pude darme cuenta que no hay un solo hombre que no tenga algo de interesante en su vida. Naturalmente, como era yo un muchacho pobre, mis amistades eran también de la clase humilde. Para conservar su trato y con el objeto de que no rehusaran mi compañía, jamás hice a mis amigos mayores preguntas necias y menos hirientes. Las conversaciones que de esta manera tuve con ellos fueron muy importantes en mi vida y me dieron la oportunidad de adquirir, poco a poco, experiencia a través de la vida de los otros. Estas charlas fortalecieron mi espíritu y modelaron mi pensamiento. Claro que seguí cultivando las relaciones con mis condiscípulos, a quienes veía con frecuencia y les transmitía las experiencias, las inquietudes y los sucesos de aquellos amigos mayores. Muchos de éstos habían sido soldados y platicaban sus aventuras en el Ejército. Otros relataban sus vicisitudes y adversidades. La mayoría se quejaba de no haber sido previsor para hacer frente a los achaques, enfermedades y necesidades que en la vejez se presentan. Todos me aconsejaban que aprovechara mi juventud; pero que cuidara mucho de no llegar pobre a la vejez.

El mejor amigo de estos hombres de edad, fue indiscutiblemente don Victoriano Romo, herrero de profesión, a quien quise y respeté. Era un hombre a la antigua usanza: austero, serio, muy honrado, circunspecto y sobrio. Poco comunicativo; fuerte, como la mayoría de los de su oficio. Se dedicaba únicamente a su familia y a su trabajo. Tenía esposa y un hijo ya hombre.

El hijo le prestaba pocos servicios, por lo que fue necesario que contratara un ayudante, que resultó ser un muchacho de 16 años llamado Diego Ramírez, que colaboraba con él en su viril oficio. Diego fue después receptor de mi novena de beisbol. Don Victoriano no permitía que la chiquillada entrara en su herrería. La consideraba un estorbo y, además, pensaba que correría el peligro de lastimarse o quemarse con algún fierro caliente. Conmigo violó su regla. Me aceptó, después de conocerme un poco. En la herrería ayudaba a veces soplando con el fuelle de mano, mientras que don Victoriano y Diego se entregaban a las labores del yunque. En ocasiones el segundo y yo hacíamos con fierro muy delgado, protectores para los tacones de los zapatos y algunas otras cosas pequeñas. Esto, naturalmente, cuando no había otra cosa que hacer, lo que resultaba verdaderamente raro.

Como don Victoriano abandonaba su trabajo varias horas después de la salida de la escuela, yo lo acompañaba frecuentemente a su casa y era entonces cuando me daba el gusto de oírlo platicar.

Su hijo era un vicioso. Por eso le ayudaba solamente de vez en cuando. El sufría mucho con esto, pero se veía obligado a tolerarlo, entre otras razones, por ser unigénito. La madre, como todas las madres mexicanas, disimulaba los errores del mal hijo, procurando no agregar penas mayores a su esposo.

Durante sus pláticas, don Victoriano me aconsejaba, invariablemente, que no hiciera sufrir a mis padres. Me repetía

que la madre era sagrada; que no debería apenarla con malos comportamientos; que huyera del vicio, porque un hijo vicioso es un tormento para los padres y ruina indefectible y dolorosa para sí mismo. Comentaba que su esposa y él habían sufrido lo indecible desde que su hijo se había entregado al alcoholismo; que habían hecho todo lo humanamente posible para evitarlo; pero que habían fracasado. Me hablaba de lo que un muchacho puede hacer en bien de sí mismo y, en ocasiones, de la sociedad en que viviere, cuando, abstemio, se propusiera ser útil en la vida. Nunca he olvidado a don Victoriano y ahora, de viejo, lo he soñado varias veces. Más adelante, relataré uno de esos sueños. Salí de Nogales antes de que él muriera. A su hijo nunca lo volví a ver. Seguramente murió en la inopia y en la aflicción.

Además de la Cía. Minera C.C.C.C. de Cananea y la de los ferrocarriles, no tuve más patrón que Fernando mi hermano. Desde los 14 años me coloqué a su servicio y lo seguí donde quiera que él trabajara. Siendo muy joven, Fernando se independizó y estableció su propio negocio. Naturalmente, me fui a trabajar a su lado. Fernando fue para mí un segundo padre. Un padre comprensivo y tolerante. Fue mi mejor hermano, mi compañero, mi amigo y mi jefe. María mi hermana mayor, fue la que más me quiso y se preocupó por mí. Murió con mi nombre en la boca.

Como dije antes, fui a Cananea a trabajar y complementariamente, en busca de robustez. Esto ocurrió inmediatamente después de la famosa huelga ocurrida a mediados de 1906. Cuando comuniqué a mis padres la decisión de ir a ese lugar, mi madre, como todas las madres amorosas, lloró e intentó persuadirme de que no abandonara el hogar porque consideraba que era yo aún muy joven. Me señaló los peligros que el viaje representaba (probablemente pensaba en la huelga) y me agregó que si enfermaba o caía en cama no

tendría quién me atendiera presentándome, también, todos los argumentos que a una madre se le ocurren para convencer a su hijo. Ante mi obstinación, mi madre requirió a mi padre para pedirle que no me permitiera salir; pero éste se concretó a decirle:

—Déjalo, hija, él ya sabe lo que hace y si ha determinado salir de la casa, será porque lo tiene muy bien meditado.

Después, dirigiéndose a mí me conminó a cumplir con mi deber, a que siguiera el camino de la rectitud y de la honradez. Me enfatizó que un hombre sin honradez era perjudicial para la sociedad; que el camino de la honestidad era el único que conduce al hombre hacia un bienestar en el futuro; que el deshonesto se labra su propia desgracia y que recordara que el único legado que podía dejarme era el ejemplo de rectitud con que había conducido su vida. Me recomendó con énfasis; que conservara siempre la dignidad; que evitara pedir servicios o cualquier cosa a los demás y que en caso de enfermedad o de carencia de trabajo, no me olvidara que mis padres me recibirían siempre en casa con los brazos abiertos.

Fui, pues, a Cananea. Para entonces había adquirido ya alguna experiencia en el ramo de ferretería al lado de mi hermano Fernando y, además, tenía conocimiento del idioma inglés, tan necesario en esa rama comercial, porque casi todos los artículos se importaban de los Estados Unidos. No tuve dificultad en colocarme inmediatamente y se me asignó al departamento de ferretería, dependiente del comercio de mercancías generales de la Cía. Minera C.C.C.C. No hay duda que el conocimiento del idioma inglés me fue de extraordinaria utilidad. A los 30 días de estar al servicio de la empresa, me pusieron al cuidado del departamento de materiales de construcción (clavos, bisagras, vidrio plano para ventanas, pinturas, herramientas, etcétera, etcétera.) Mi labor consistía en hacer la lista de los materiales que se necesitaban. Junto

con el ascenso vino el aumento de sueldo. Se me fijaron 90 dólares mensuales, cantidad que para aquel entonces era importante. De ella mandaba a mi madre 30 dólares mensuales. Todos los sueldos que percibían los empleados de esas negociaciones se pagaban en moneda de los Estados Unidos.

Desempeñaba intensamente mi trabajo, cuando un domingo, Aurelio Castañeda, hijo de un prominente y rico abogado, me invitó para que lo acompañara a un día de campo con otros dos amigos: uno llamado Manuel Aínza y otro de nombre Edgardo Dávila. Fuimos a San Rafael, rancho ganadero ubicado a unos 30 kilómetros de Cananea, cuyo dueño era don Rafael Elías. Aurelio tenía un coche tirado por dos mulas. Salimos de Cananea muy temprano con el propósito de regresar el mismo día. Don Rafael nos recibió en su rancho amablemente; nos invitó a comer; estuvimos charlando un buen rato y, cuando salimos para uncir las mulas y emprender el viaje de regreso, recibimos una terrible sorpresa: las acémilas habían desaparecido. Don Rafael se rió del contratiempo.

—Ya sabía que eso les iba a pasar por descuidados —nos dijo.

Aurelio le suplicó que nos prestara dos mulas o que un vaquero, acompañado por nosotros, cooperara en la búsqueda de las nuestras. Don Rafael dijo que, como era domingo, los vaqueros descansaban y que se negaba a facilitarnos los animales para que recibiéramos una lección y aprendiéramos a ser más precavidos. Aurelio insistió en su ruego; pero nada consiguió. Don Rafael transigió, prometiéndonos resolver nuestro problema al día siguiente.

Mientras Aurelio ergüía con don Rafael, sus otros tres compañeros solamente escuchábamos. Ninguno, excepto yo, tenía la obligación de regresar precisamente el día siguiente a Cananea. Aurelio era de padres ricos; Edgardo, empleado de un señor Paredes que le perdonaba sus faltas y Manuel trabajaba como ayudante electricista con su hermano. Más yo no

tenía prerrogativas. Trabajaba en una empresa extranjera, que no toleraba el incumplimiento del deber. Recordaba los consejos de mi padre, comuniqué a mis amigos que regresaría a pie, aun cuando tuviera que caminar toda la noche. Ellos protestaron y Aurelio me aseguraba que su padre, el licenciado Castañeda, que era uno de los apoderados e influyentes de la Compañía haría todo lo posible para evitarme una sanción. Sin embargo, le dije que, aun con esa recomendación de su padre, dejaba de cumplir con mi deber y que mis intenciones eran precisamente lo contrario. Salí al obscurecer y llegué a Cananea amaneciendo. Tuve tiempo para asearme; tomar el desayuno y presentarme a trabajar a la hora obligatoria. La verdad es que mis pies estaban hechos pedazos, porque para no perderme en la obscuridad, en trechos largos caminaba sobre el balastro de la vía del ferrocarril. Agréguese a esto el cansancio propio de la caminata de toda la noche. Gracias a los consejos de mi padre hice todos los esfuerzos necesarios para cumplir con mi deber.

Abandoné Cananea y volví a Nogales. Estaba ya más fuerte y pesaba 6 u 8 kilos más. Me reinstalé con Fernando en su negocio y, desde luego, procedí a organizar la novena de beisbol "Nogales". Dos años después contábamos ya con uno de los equipos más fuertes de Sonora. Lo formaban elementos aficionados. No teníamos jugadores profesionales. En cambio Hermosillo y Guaymas contaban en su equipo con dos profesionales cada uno. Formé la novena, escogiendo los mejores jugadores aficionados de la época. Tenía dos receptores: Diego Ramírez, el maestro herrero y José Medina; 4 lanzadores o *pitchers*: Willie Barnett, Carlos Joffroy, Miguel Bernal y Loreto Campa. Los jugadores del campo eran: el "Zurdo" Hilario Pérez, Manuel Moreno, Arturo Peck y yo. Ramón Camberos, Roberto Díez Martínez, Bush y algunos otros cuyos nombres no recuerdo, jugaban como *jardineros*. Antes

de iniciarse la temporada de beisbol, todos los jugadores se reunían para elegir el capitán, que duraría en ese encargo un año. Resulté beneficiado y se me reeligió cuatro o cinco veces consecutivas. Como todos éramos de la clase humilde y trabajadores, jugábamos tan sólo por el amor al deporte. Carecíamos de lo necesario para comprar nuestros propios uniformes. Estos los proporcionaban algunas de las casas comerciales de la localidad.

El “Zurdo” Hilario Pérez, humilde trabajador, fungía como *cuarto bat* y fuera de discusión era el mejor del Estado. Roberto Díez Martínez, *jardinero*, que se incorporó, como yo, a las fuerzas de la Revolución, llegó a ser Mayor piloto aviador y murió trágicamente en la Ciudad de México, el 29 de mayo de 1920, probando un avión inglés de marca “De Havilland”.

En el deporte pasé los días más felices de mis primeros años. Desde niño me fascinaron el ejercicio y los deportes. El deporte nació conmigo como impulso natural. Claro que no podía hacer más que aquellos deportes de poco costo, de acuerdo con nuestra modesta condición económica.

He dicho infinidad de ocasiones y ahora lo repito, que el deporte, en cualquiera de sus formas, fortalece la mente, el cuerpo y el carácter. Desarrolla la imaginación; enseña a tomar decisiones rápidas y es un factor fundamental para gozar de buena salud. Agréguese a esto que sirve también como distracción, especialmente en actividades matutinas y habitúa al hombre a concentrarse, a tener perseverancia y decisión. Se aprende a ganar y a saber perder, condición esencial y necesaria en la vida. En los campos de deporte públicos o en los de las escuelas, se forman amistades insustituibles que crecen y se eternizan. Se establecen lazos de compañerismo y de lealtad mutua y es allí donde se conoce mejor a la gente y donde no hay discriminaciones originadas por la raza o la pro-

cedencia. Las amistades forjadas dentro del deportismo son las más sinceras, desinteresadas y perdurables.

Cuando estuve al frente del Gobierno del Estado de Sonora, dediqué, íntegramente, mi sueldo como Gobernador, al desarrollo del deporte y adquirí equipos para grupos de niños indigentes.

Cuando ocupé la Presidencia, fundé, por Decreto de 27 de diciembre de 1932, el Consejo Nacional de la Cultura Física y por acta de asamblea de 20 de julio de 1933, la Federación Deportiva Mexicana, encargada de organizar y gobernar el deporte de aficionados en toda la República.

En la época en que jugaba beisbol logré adquirir alguna buena fama en Nogales. Me consideraban atleta, buen pugilista y decidido para enfrentarme con quien me buscara. “No distinguía ni pelo ni color”. Sin embargo, conté con más amigos que cualquier otro joven del rumbo y ello se debió a que a nadie provoqué y a que respeté a quien me respetó.